

# LA INMIGRACIÓN Y EL FUTURO DE ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA. PERSPECTIVAS DESDE NUESTRA HISTORIA

*Mons. José Gómez*

Desde que llegué a California, hace poco más de un año, he descubierto que la gente tiene una opinión bastante definida respecto a la inmigración. Lo mismo sucedía cuando vivía en Texas y en Colorado. Donde quiera que vaya, parece ser que las personas tienen una idea ya formada sobre el tema.

*El Excelentísimo Monseñor José H. Gómez es arzobispo de Los Ángeles desde 2011. Recibió su doctorado en Sagrada Teología de la Universidad de Navarra, España en 1980. Desde 1991 es parte de la Asociación Nacional de Sacerdotes Hispanos (ANSH) en Estados Unidos, de la cual fue Presidente y Director Ejecutivo, y actualmente se desempeña como Moderador Episcopal.*

*Fue presidente del Comité de Diversidad Cultural en la Iglesia y del Comité de Migraciones de la Conferencia de Obispos Católicos de Estados Unidos. Es uno de los miembros fundadores de la Asociación Católica de Líderes Latinos (CALL), y es miembro de la mesa directiva de MATT (Mexicans and Americans Thinking Together). Fue nombrado consultor de la Pontificia Comisión para América Latina, y miembro del Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales y del Consejo Especial para América de la Secretaría General del Sínodo de Obispos.*

Por ello, si no les molesta, en esta ocasión no hablaré sobre política de inmigración.

El debate político sobre la inmigración en nuestro país me resulta frustrante: con frecuencia pienso que únicamente nos limitamos a hablar de los asuntos superficiales.

Ambos extremos del debate se inspiran en una hermosa y patriótica idea de la historia y los valores de Estados Unidos. Sin embargo, últimamente he comenzado a preguntarme: ¿de qué Estados Unidos estamos hablando?

Nuestro país está cambiando, y lo viene haciendo desde hace mucho tiempo. Las fuerzas inherentes a la globalización están alterando nuestra economía y nos obligan a replantear el alcance y el propósito de nuestro gobierno. Las amenazas de enemigos externos están cambiando nuestra concepción de la soberanía nacional.

También estamos cambiando internamente. Nuestra cultura está cambiando. Contamos con una estructura legal que permite —e incluso financia— el asesinato de niños en el vientre de sus madres. Nuestras cortes y legislaciones están redefiniendo las instituciones naturales como el matrimonio y la familia. Tenemos una élite cultural —en el gobierno, en los medios de comunicación y entre nuestros intelectuales— abiertamente hostil a la fe.

Estados Unidos se está convirtiendo en un país bastante diferente, y es hora de reconocerlo, más allá de la posición que cada uno tenga, en el debate político sobre la inmigración.

Es necesario que nos demos cuenta de que el asunto de la inmigración es parte de un conjunto más amplio de preguntas sobre nuestra identidad nacional y sobre nuestro destino: ¿qué son los Estados Unidos de América?; ¿qué significa ser estadounidense?; ¿qué somos como pueblo y hacia dónde nos dirigimos como país?; ¿cómo será el futuro de los Estados Unidos?

Como católicos y ciudadanos comprometidos con nuestro país, necesitamos responder estas preguntas dentro de un marco de referencia más amplio. Debemos recordar siempre que la vida de una nación no se agota en las vicisitudes del momento político, económico o cultural; debemos considerar todos estos aspectos, y los correspondientes debates a su alrededor, a la luz del plan de Dios para el país.

Se trata este de un gran desafío en la cultura actual. Esta nos presiona para que *privaticemos* nuestra fe, para que la separemos de nuestra

vida en la sociedad. Siempre debemos resistir esta tentación. Estamos llamados a vivir la fe en nuestros negocios, hogares y comunidades, así como en nuestra participación en la vida pública.

Esto significa que debemos aportar una perspectiva católica a este debate sobre la inmigración: no podemos limitarnos a pensar en ello simplemente como republicanos o demócratas, como conservadores o liberales.

Esto significa que debemos escuchar las enseñanzas de la Iglesia sobre el tema. Pero no es de eso de lo que quiero hablar hoy: creo que todos ya conocemos las enseñanzas de la Iglesia al respecto.

Lo que debemos comprender mejor es cómo ver el fenómeno de la inmigración a la luz de la historia de Estados Unidos y sus objetivos, vistos desde la perspectiva de la fe católica. Cuando entendemos la inmigración desde ella, podemos ver que no se trata de un problema para el país sino de una oportunidad, una clave para la renovación de nuestra patria.

Por ello me gustaría empezar hablando de la historia de nuestro país.

Uno de los problemas que enfrentamos hoy en día es la pérdida del sentido de nuestra evolución como nación. Poca gente hoy en día conoce la historia de Estados Unidos, y si la conoce, se trata de un conocimiento incompleto. Cuando uno no conoce el relato completo, termina formulando conclusiones erradas sobre la identidad y la cultura estadounidenses.

El relato nacional que todos conocemos tiene lugar en Nueva Inglaterra. Es la historia de los peregrinos y el *Mayflower*; del primer día de Acción de Gracias y el sermón de John Winthrop acerca de «una ciudad situada en la cima de un monte». Es la historia de grandes hombres como Washington, Jefferson y Madison, y de magnos documentos como la Declaración de Independencia y la Carta de Derechos. Es una bella historia y, además, cierta. Todo estadounidense debería conocer a estos personajes, así como los ideales y principios por los que lucharon. De esta historia aprendemos que nuestra identidad y cultura hunden sus raíces en la doctrina cristiana sobre la dignidad de la persona humana.

Pero conocer a los padres fundadores y las verdades que ellos consideraban “evidentes por sí mismas” no agota la historia de Estados Unidos. El resto de esta comienza más de un siglo antes de los peregrinos, en la década de 1520 en Florida, y en la de 1540 aquí, en California. No es tanto la historia del asentamiento colonialista y la oportunidad política y económica, sino de la exploración y la evangelización. Esta historia no es protestante y anglosajona sino española y católica, y tiene su centro no en Nueva Inglaterra, sino en Nueva España, en los extremos opuestos del continente.

De esta historia aprendemos que antes de que esta tierra tuviese nombre, sus habitantes recibían el bautismo en el nombre de Jesucristo, y eran llamados *crístianos* antes que *estadounidenses* o *americanos*, tanto en español como en francés e inglés. De esta historia aprendemos que mucho tiempo antes del *Boston Tea Party*, los misioneros católicos ya ofrecían la santa misa en este suelo. Los católicos fundaron el asentamiento más antiguo de este país en San Agustín (Florida), en 1565.

Los misioneros inmigrantes comenzaron a utilizar nombres de santos, sacramentos y artículos de fe para designar ríos, montañas y territorios de este continente. Hoy en día damos estos nombres por hechos, pero la geografía de nuestro territorio es testimonio de que nuestro país nació del encuentro con Jesucristo: tomemos por ejemplo Sacramento, Las Cruces, *Corpus Christi*; incluso las montañas Sangre de Cristo toman su nombre de la preciosa sangre de nuestro Redentor.

John Gilmary Shea, historiador del siglo XIX, dijo bellamente que en esta tierra se construyeron antes los altares que las casas: «Antes de que se diera siquiera un paso para edificar una vivienda, se decía misa para santificar la tierra y atraer la bendición del Dios del Cielo. Aquí los altares son más viejos que los hogares»<sup>1</sup>.

Esta es la página perdida de la historia estadounidense. Y hoy, más que nunca, necesitamos entrar en contacto con esta herencia de santidad y servicio, especialmente como católicos estadounidenses. Junto con la historia de Jefferson y Washington, necesitamos conocer la de estos grandes apóstoles de nuestro país.

---

1. John Gilmary Shea, *The Catholic Church in Colonial Days*, Edward O. Jenkins' Sons, 1886, p. 10.

Necesitamos conocer a los misioneros franceses, como la Madre Joseph del Sagrado Corazón, y los jesuitas San Isaac Jogues y el padre Jacques Marquette, quienes vinieron de Canadá a traer la fe al norte de nuestro país. Necesitamos conocer a los misioneros españoles como el franciscano Magí Catalá y al sacerdote jesuita Eusebio Kino, que vino desde México para evangelizar los territorios occidentales del país. Debemos conocer las historias de personas como el venerable Antonio Margil, sacerdote franciscano, y uno de mis personajes predilectos en la primera evangelización de Estados Unidos.

*No es tanto la historia del asentamiento colonialista y la oportunidad política y económica, sino de la exploración y la evangelización.*

*Esta historia no es protestante y anglosajona sino española y católica, y tiene su centro no en Nueva Inglaterra, sino en Nueva España, en los extremos opuestos del continente.*

dre Jacques Marquette, quienes vinieron de Canadá a traer la fe al norte de nuestro país. Necesitamos conocer a los misioneros españoles como el franciscano Magí Catalá y al sacerdote jesuita Eusebio Kino, que vino desde México para evangelizar los territorios occidentales del país. Debemos conocer las historias de personas como el venerable

Antonio Margil, sacerdote franciscano, y uno de mis personajes predilectos en la primera evangelización de Estados Unidos.

En 1683 el venerable Antonio dejó su hogar en España para venir al Nuevo Mundo. Le dijo a su madre que iba porque «millones de almas [se encontraban] perdidas por la necesidad de sacerdotes que disiparan las nieblas de la falta de fe».

La gente lo llamaba *The flying padre* o *El cura volador*, pues solía desplazarse a pie entre 65 y 80 kilómetros cada día. Parecía poseer un sentido de la misión verdaderamente continental, pues estableció iglesias particulares en Texas y Luisiana, así como en Costa Rica, Nicaragua, Guatemala y México. Poseía gran coraje y mucho amor. En numerosas ocasiones escapó de la muerte a manos de los pueblos nativos a los que quería evangelizar. Cierta vez se enfrentó a un pelotón conformado por una docena de indios armados con arcos y flechas. En otra oportunidad, casi fue quemado vivo en una hoguera.



Supe de fray Antonio cuando viví en San Antonio, debido a que predicó allí entre 1719 y 1720, y fundó la misión de San José. Solía hablar

de aquel lugar, San Antonio, como el centro de la evangelización de este país. Decía: «San Antonio [...] se convertirá en el cuartel general de todas las misiones que Dios Nuestro Señor establecerá [...] que a su debido tiempo todo este Nuevo Mundo se pueda convertir a nuestra santa fe católica»<sup>2</sup>.

Este es el auténtico porqué de Estados Unidos cuando consideramos nuestra historia a la luz del plan de Dios para las naciones. Este país está destinado a ser un lugar de encuentro con Jesucristo vivo. Era esta la motivación de los misioneros que llegaron primero. El espíritu y el genio nacionales de nuestro país están marcados hondamente por los valores del Evangelio que aquellos trajeron a nuestras tierras. Estos valores son los que hacen tan especiales los documentos de fundación de nuestro gobierno.

*El espíritu y el genio nacionales de nuestro país están marcados hondamente por los valores del Evangelio que aquellos trajeron a nuestras tierras.*

A pesar de sus raíces cristianas, Estados Unidos se ha convertido en el hogar de una diversidad sorprendente de culturas, religiones y estilos de vida. Si esta diversidad puede florecer, es precisamente porque los fundadores de nuestra nación tenían una visión cristiana de la persona humana, la libertad y la verdad.

En una famosa afirmación, G. K. Chesterton declaró que «Estados Unidos es el único país fundado sobre un credo»<sup>3</sup>. Y él reconoció que ese credo era básicamente cristiano. Se trata de la creencia fundamental de que todos los hombres fueron creados iguales, y que Dios les concedió el derecho a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad. Todas las demás naciones del mundo se crearon sobre la base del territorio común y de la raza, es decir, sobre la tierra y la sangre. Estados Unidos, en cambio, se creó sobre ideas cristianas, sobre el credo que expresa la sorprendente universalidad del Evangelio. Como resultado de ello, siempre hemos sido una nación de naciones: *E pluribus unum*, un pueblo hecho de pueblos, de muchas naciones, razas y credos.

---

2. *Nothingness Itself: Selected Writings of Ven. Fr. Antonio Margá, 1690–1724*, (Franciscan Herald, 1976), 268, 270.

3. G. K. Chesterton, *What I Saw in America*, Hodder & Stoughton, 1922, p. 5. (Traducción española de Victoria León, *Lo que vi en América*, Renacimiento, Sevilla 2009).

A lo largo de nuestra historia hemos comprobado cómo surgen los problemas cuando dejamos este credo de lado o cuando de un modo u otro tratamos de ponerle límites. Por ello, hoy es esencial que recordemos la historia misionera de Estados Unidos y volvamos la mirada a la visión del *credo* fundador de nuestro país.

Cuando olvidamos que nuestras raíces se hunden en la evangelización española del Nuevo Mundo, terminamos con ideas distorsionadas sobre nuestra identidad nacional, como por ejemplo, que descendemos únicamente de europeos blancos, y de que nuestra cultura se basa en el individualismo, la ética del trabajo y el estado de derecho que heredamos de nuestros antepasados protestantes ingleses. Cada vez que esto ocurrió en el

*Estados Unidos se creó sobre ideas cristianas, sobre el credo que expresa la sorprendente universalidad del Evangelio.*

pasado, hemos desembocado en aquellos capítulos de nuestra historia de los que estamos menos orgullosos: el maltrato a los indios, la esclavitud, los brotes recurrentes de nativismo y anticatolicismo, los campos de concentración para japoneses en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial o las desgracias de la doctrina del *Destino manifiesto*. Ciertamente, existen razones bastante complejas detrás de estos acontecimientos; sin embargo, pienso que en la raíz de todos ellos podemos encontrar un denominador común: la idea equivocada de que los *verdaderos estadounidenses* pertenecen a una raza, clase, religión o cultura particular.

Me preocupa que en los debates sobre inmigración estemos entrando a un nuevo periodo de *nativismo*.

Samuel Huntington, de la Universidad de Harvard, brindó justificación intelectual a este nuevo nativismo con su libro *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*<sup>4</sup>, de gran influencia. En él, Huntington incorpora diversos argumentos, sofisticados en apariencia, pero que finalmente pueden resumirse en que la inmigración mexicana constituye una amenaza para la identidad y la cultura estadounidenses. De acuerdo con él, nuestra verdadera identidad «fue el resultado de la singular cultura anglosajona y protestante de los

4. Samuel P. Huntington, *¿Quiénes somos? Los desafíos a la identidad cultural estadounidense*, Traducción de Albino Santos Mosquera. Paidós, Barcelona, 2004 [N. del t.].

fundadores de Estados Unidos de los siglos XVII y XVIII». Por el contrario, los valores mexicanos se basan en la radicalmente incompatible “cultura católica”, que según Huntington, no valora la iniciativa personal o la ética del trabajo, y más bien alienta la pasividad y la resignación frente a la pobreza.

Se trata de viejos argumentos nativistas, bastante fáciles de rebatir, para lo cual no hay sino que fijarse en el glorioso legado de la literatura y el arte hispanos, o los logros obtenidos por los hispanos estadounidenses o los mexicanos estadounidenses en los negocios, el gobierno, la medicina u otras áreas.

Desgraciadamente, hoy en día vemos cómo las ideas de Huntington son repetidas en la televisión, en la radio e incluso por algunos de nuestros líderes políticos. No se puede negar que hay diferencias significativas entre los presupuestos culturales hispanocatólicos y angloprotestantes. Mi argumento, sin embargo, es que este tipo de pensamiento intolerante deriva de una comprensión incompleta de la historia de nuestro país. Históricamente, ambas culturas pueden reclamar con justicia un lugar en el recuento que hacemos nosotros mismos de la evolución de nuestra nación y, por tanto, en la formación de la auténtica identidad estadounidense y de nuestro genio nacional.

*Cuando olvidamos que nuestras raíces se hunden en la evangelización española del Nuevo Mundo, terminamos con ideas distorsionadas sobre nuestra identidad nacional.*

Esto me lleva a mi mensaje final sobre nuestra responsabilidad como católicos.

Creo que los católicos de Estados Unidos tienen el particular deber, hoy en día, de ser los custodios de la verdad sobre el espíritu estadounidense y nuestra identidad nacional. Creo que es nuestra responsabilidad ser testigos de un nuevo tipo de patriotismo.

Estamos llamados a poner en evidencia todo lo que es noble del espíritu estadounidense. Asimismo, estamos llamados a desafiar a aquellos que pretenden reducir la verdadera identidad de nuestra nación.



Desde que llegué a California, he pensado mucho en el beato Junípero Serra, el inmigrante franciscano que vino de España, a través de México, para evangelizar este hermoso estado. El beato Junípero amó a los nativos de este continente; aprendió sus idiomas, costumbres y creencias; tradujo el Evangelio, las oraciones y la doctrina de la fe, de modo que cada uno pudiera oír las maravillas de Dios en su propia lengua<sup>5</sup>; solía trazar la señal de la cruz en la frente de las personas y decirles «¡Amar a Dios!». Pienso que esta es una buena manera de entender

*Creo que los católicos de Estados Unidos tienen el particular deber, hoy en día, de ser los custodios de la verdad sobre el espíritu estadounidense y nuestra identidad nacional.*

nuestro deber como católicos en la cultura actual: necesitamos encontrar la manera de *traducir* el Evangelio del Amor para la gente de nuestro tiempo. Necesitamos recordarles a todos las enseñanzas del beato Junípero y de sus hermanos misioneros: que somos todos hijos del mismo Padre celestial, y que Él no considera a determinadas nacionalidades o grupos como inferiores o menos merecedores de sus bendiciones.

Los católicos debemos guiar a nuestro país hacia un nuevo espíritu de empatía. Debemos ayudar a nuestros hermanos a comenzar a ver a los extranjeros según lo que realmente son y no con categorías o definiciones políticas o ideológicas enraizadas en nuestros propios temores.

Es una tarea difícil, lo reconozco; reconozco que constituye un particular desafío ver la humanidad de los inmigrantes que se encuentran aquí de modo ilegal. Prometí que no hablaría de política, y hasta ahora no lo he hecho. Tampoco voy a hacerlo; únicamente quiero ofrecer una sugerencia.



Es una tarea difícil, lo reconozco; reconozco que constituye un particular desafío ver la humanidad de los inmigrantes que se encuentran aquí de modo ilegal.

Prometí que no hablaría de política, y hasta ahora no lo he hecho. Tampoco voy a hacerlo; únicamente quiero ofrecer una sugerencia.

La verdad es que muy pocas personas *eligen* dejar su tierra. Casi siempre, la emigración es un proceso al que se ven obligadas por las condiciones adversas que enfrentan en sus vidas. Muchos de quienes viven hoy en Estados Unidos sin la documentación correspondiente viaja-

5. Véase Hch 2, 8. 11.

ron cientos e incluso miles de kilómetros dejando todo atrás, arriesgando su seguridad e incluso sus vidas. E hicieron esto no en pos de su propia comodidad o necesidades egoístas; lo hicieron para dar de comer a la gente que amaban, para ser buenos padres, para ser buenos hijos. Estos inmigrantes —no importa cómo llegaron aquí— son gente pujante y con deseos de superación, que no le teme al trabajo duro y al sacrificio, muy diferente, por cierto, a la gente que el profesor Huntington y otros describen hoy en día. Estas personas tienen coraje y muchas otras virtudes. La gran mayoría de ellos creen en Jesucristo y aman a la Iglesia católica, y comparten los valores tradicionalmente estadounidenses de fe, familia y comunidad.



Por eso creo que nuestros hermanos inmigrantes son la clave para la renovación de nuestro país. Y todos sabemos que Estados Unidos necesita renovarse: económica y políticamente, es cierto, pero también espiritual, moral y culturalmente. Creo que los hombres y mujeres que vienen a este país aportarán a nuestra economía con un renovado y juvenil espíritu empresarial y de trabajo duro. Pienso también que renovarán el alma de nuestra nación.

En su último libro —publicado el mismo año en que nos dejó— el beato<sup>6</sup> Juan Pablo II escribió: «La historia de cada nación está llamada a tomar su lugar en la historia de la salvación»<sup>7</sup>. Debemos mirar el fenómeno de la inmigración en el contexto de la necesidad de renovación que tiene nuestro país. Y, a su vez, necesitamos considerar ambas realidades —la inmigración y la necesidad de renovarnos— a la luz del plan que Dios tiene para la salvación y para la historia de las naciones.

*La verdad es que muy pocas personas eligen dejar su tierra. Casi siempre, la emigración es un proceso al que se ven obligadas por las condiciones adversas que enfrentan en sus vidas.*

6. El día 27 de abril de 2014 el Papa Juan Pablo II fue oficialmente canonizado y declarado santo por la Iglesia católica.

7. Juan Pablo II, *Memory and Identity*, Rizzoli, Nueva York 2005, pp. 72-73, Traducción española: *Memoria e identidad*, Traducción de Bogdan Piotrowski, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005).

La promesa estadounidense es que podemos ser una nación en la que hombres y mujeres de distintas razas, credos y culturas puedan vivir como hermanos. Cada uno de nosotros es hijo de esta promesa. Si rastreamos la genealogía de prácticamente cualquiera en este país, las líneas de ascendencia nos guiarán hacia fuera de nuestras fronteras, hasta alguna tierra extranjera de la que cada uno de nuestros antepasados vino.

*Estamos llamados a hacer nuestro propio aporte a este país con el modo de vivir nuestra fe en Cristo como ciudadanos. Nuestra historia muestra que este país nació de la missio ad gentes de la Iglesia. El futuro de Estados Unidos estará determinado por las elecciones que hagamos como discípulos cristianos y como ciudadanos estadounidenses.*

Esta herencia llega hasta los católicos estadounidenses al mismo tiempo como un don y una responsabilidad. Estamos llamados a hacer nuestro propio aporte a este país con el modo de vivir nuestra fe en Cristo como ciudadanos. Nuestra historia muestra que este país nació de la *missio ad gentes* de la Iglesia. El futuro de Estados Unidos estará determinado por las elecciones que hagamos como discípulos cristianos y como ciudadanos estadounidenses.

Con nuestras actitudes, acciones y decisiones escribiremos los siguientes capítulos de nuestra historia.

Que Nuestra Señora de Guadalupe, Madre de las Américas, nos obtenga la fortaleza que necesitamos para hacer lo que nuestro buen Señor espera de nosotros.

*Napa Institute, 28 de julio de 2011.*